

# LAS ETAPAS DE LA FE

*Julián López García, S. J.*



## **El nacer de la fe**

Si se preguntase a varios cristianos suficientemente capacitados para conocerse a sí mismos: "¿Por qué cree Vd.?", sin duda serían diferentes las respuestas que cada uno personalmente daría.

Algunos entenderían nuestra pregunta interpretando la palabra creer en un sentido que propiamente no es fe.

Nos hablarían más bien de las razones en que se apoya su convencimiento de la existencia de Dios, como el principio de causalidad exigiendo una Causa Suprema, la conciencia, los imperativos éticos, etc. Sin embargo eso no es todavía la fe del cristiano, sino más bien una condición previa para ello. La fe del cristiano es la aceptación del mensaje que Dios transmitió por Cristo.

Otros, entendiendo la auténtica fe cristiana, aducirían como razones los milagros, la realidad perenne (de la Iglesia, etc. También a éstos se les tendría que responder que todas éstas son razones por las que conferimos a nuestra fe su cualidad de razonable (racionabilidad que se armoniza y aun es necesaria para la verdadera fe) (1), pero no llega a constituir el motivo de nuestra fe.

Otros, pasando al orden subjetivo, nos traerían poderosos motivos perso-

(1) Irrazonable no es lo mismo que incomprendible. La fe en sus misterios es incomprendible pero nuestro entendimiento nunca da su asentimiento de una manera irrazonable. Cf. Concilio Vat., ses. 3, Constitutio dogmática de fide catholica, ep. I, (D. 1790).

nales y experiencias vividas. Se les respondería lo mismo: Todas estas razones aducidas fundamentan, pero no hacen el creer; por lógica, reflexión y estudio sólo se llega al convencimiento de que debemos creer. Pero el hecho intelectual de la fe —entendido con las propiedades que la fe cristiana ha de tener— es irreductible a una deducción puramente lógica (2). En este sentido la fe es una realidad de orden existencial que conserva un paralelismo más con el concepto existencial de vida que con el concepto lógico de deducción: la fe nace, no se deduce.

¿Qué es entonces lo que nos mueve a creer? La respuesta es muy escueta: No son nuestras razones humanas, sino sólo Dios como infinita Verdad y Autoridad que nos habla (3).

Cuando el entendimiento humano ha analizado las razones que con suficiencia se le presentan para admitir las verdades de la fe, se da entonces un momento inefable en el que toda la actividad intelectual puramente humana queda como en suspenso... e interviene Dios (4). La fe, como virtud teologal —virtud que tiende y tiene como término a sólo Dios— es un acto de un conocimiento superior al que no se puede llegar por meras fuerzas y razones de nuestra inteligencia creada. Cuando el hombre acepta el misterio con un "Sí, creo" es cuando la gracia de Dios se ha derramado sobre su entendimiento y voluntad; Dios, de una manera inefable y misteriosa, se ha puesto en contacto con el hombre y, al recibir el hombre ese contacto sobrenatural de Dios, la gracia divina eleva la mortecina llama del entendimiento humano a

la radiante y sobrenatural luz de un conocimiento superior que le capacita para aceptar las verdades de la fe (5).

Al decir que el entendimiento humano elevado por la gracia tiene un conocimiento superior de la verdad sobrenatural que se le presenta, no queremos decir que el contenido conceptual de la fe sea distinto del que antes veía la sola razón; sin embargo la luz con que se ve es otra: al creer, mi entendimiento ve y mi voluntad ama con la luz divina y el calor sobrenatural que da la gracia; antes, cuando no se cree, sólo el centelleo frío de la razón.

El entendimiento, al abrir a Dios la puerta del alma, ha dejado entrar a la gracia y sólo entonces pudo creer. La gracia hace la fe (6). Yo solo no puedo creer. Todos esos esfuerzos preliminares de la inteligencia, esos episodios de la sensibilidad, esas emociones causadas por los valores religiosos, esos encuentros con los santos son el pedestal sobre el cual Dios ha colocado mi fe.

Yo solo no puedo sino lo humano, la fe es algo divino, algo que pertenece a Dios y que no me puede dar nada ni nadie sino El solo. Creer no es sino vivir el efecto de una acción divina que nos conmueve, nos transforma, nos ilumina, nos atrae dejándonos envueltos en el misterio de la gracia.

#### Creyente por nacimiento

Al leer la exposición anterior puede surgir esta pregunta: "¿Cómo es esto?, yo creo y nunca he sentido en mí esta conmoción sobrenatural de lo que es la fe".

(5) «El hombre, para asentir a las verdades de la fe, es elevado sobre su propia naturaleza, y ello no puede explicarse sin un principio sobrenatural que le mueva interiormente, que es Dios. Por tanto, la fe cuanto al asentimiento, que es su acto principal, proviene de Dios, que mueve interiormente por la gracia». Sto. Tomás, *Sum. Teol.* 2-2, q. 6, a. 1, BAC, p. 284.

(6) Sto. Tomás, *Suma Teol.* 2-2, q. 4, a. 4, ad. 3.

(2) Prescindimos del problema teórico de un acto de fe hecho con las solas fuerzas naturales; en todo caso, ese acto no tendría las propiedades de la fe cristiana, sobre todo no tendría la misma adhesión a Dios (sólo puede darla la gracia) que la fe.

(3) Dios se nos comunica ordinariamente a través de la Sagrada Escritura y la Tradición cristiana.

(4) R. AUBERT, *Le problème de l'acte de Foi.* 2.<sup>a</sup> edit. Louvain 1958, p. 50.



Sólo un ciego que por primera vez abriese sus ojos a la luz podría, con razón, hablarnos de la conmoción de ver. Un hombre de ojos sanos parece que no; y es natural porque ha nacido viendo.

Algo parecido pasa con la fe. En el bautismo se infunde en el alma del niño la potencia sobrenatural de la fe y podemos decir casi que este niño cristiano nace creyendo; al despertar, su inteligencia mira a Dios y a las verdades de la fe con una cierta "connaturalidad" iluminado por la misma gracia de la fe que le hace ver el mundo sobrenatural de las verdades cristianas "como la cosa más natural y obvia" (7).

Dios, podemos decir, ha amado más a este niño dándole, antes de que él mismo caiga en la cuenta de ello, el don de la fe y un ambiente fácil donde pudiera desarrollarla. Solamente el que ha nacido con los ojos del alma ciegos nos puede hablar de lo que es experimentar por vez primera la luz del creer (8).

### La historia de nuestra fe

La fe siendo algo sobrenatural y divino tiene también una vertiente humana; su poseedor es el hombre; y, como todo lo propio del hombre, está sujeto a un origen, desenvolvimiento y ritmo. Esto es lo que nos permite legítimamente reflexionar sobre el devenir de nuestra fe.

Damos por supuesto que la fe no es meramente un sentimiento religioso, o esa bruma de religiosidad de la que se nos habla con tanta frecuencia en la historia de las religiones. La fe es un acto firme del entendimiento que res-

(7) «El hábito de la fe permite conocer las verdades que se han de creer no por un camino de razón sino por un camino de connaturalidad». R. AUBERT, o. c. p. 61.

(8) Ejemplos admirables de estas experiencias sobrenaturales se pueden encontrar en las vidas de los convertidos. Cf. PROYECCION, núm. 24, pp. 36-43.

ponde a la verdad y realidad precisa de Dios, lo cual no significa, que por ser así, se desligue totalmente de las leyes generales de toda actitud religiosa humana.

Hemos afirmado que la fe tiene un nacimiento; todo lo que nace tiene su historia; así también podemos hablar de la historia de nuestra fe. La fe en su origen, en el niño que recibe por el bautismo esa nueva potencia de su alma que es la fe —facultad capaz de producir en su día los futuros actos de fe—, esa fe no es aún una potencia actuada y desplegada; se irá desenvolviendo con el correr de los años y las etapas estructurales de la vida del hombre tendrán una repercusión viva en ella. Hay tiempos prósperos, y tormentosos, y también pacíficos donde se corre sin dificultad por la existencia, y cada uno en particular tendrá las corrientes de su temperamento, fuerzas, debilidades, ambiente, etc., que determinarán el curso personal de su creer.

La variedad que puede presentar una tipología de los creyentes es ilimitada. Por esto nuestro trabajo, que tiene por fin dar una visión de conjunto de la vida de fe, se ha restringido a tomar como constante o modelo a un hombre que durante toda su vida ha vivido sinceramente su fe, es decir, lo que en palabras corrientes llamamos "un buen cristiano". Estimamos que al hacerlo así ayudaremos a aquellos que vivieron con fervor su fe a no desalentarse y a los que sintieron los altibajos y períodos de crisis a animarse y confiar en Dios.

### Niñez y fe

La sicología de la niñez se caracteriza por su disposición temperamental sanguínea. Entre las muchas manifestaciones que se derivan de este temperamento elegimos la que tienen mayor repercusión en la vida de fe.

El niño tiende siempre a lo personal. Las fuerzas principales de su alma son la fantasía, el pensamiento concre-

to y el sentimiento que con ausencia de lógica domina su voluntad. De su viva fantasía se desprende el amor a los ensueños, la leyenda, lo intuitivo al mismo tiempo que todo lo fantástico (9). La debilidad orgánica y la inmadurez sexual lo inclinan a la docilidad y obediencia (10) y a la búsqueda de un ambiente protector.

Este es el campo infantil humano en el que va germinando la fe. En él aparece el alma "naturalmente cristiana". Su fe, aunque infantil, es verdadera fe sobrenatural. La dificultad que se puede presentar es que el niño afirme las verdades de la fe sólo porque se lo dicen sus padres o educadores; sucedería entonces que el niño haría un acto de fe, pero humana. Sin embargo, la instrucción ordinaria catequística ayudada por una especie de instinto natural y por la gracia, suele ser suficiente para que el niño acepte las verdades de la fe porque Jesús lo dice, Dios lo dice, y no sólo porque lo digan sus padres o maestros (11).

Como consecuencia de su escasa capacidad para las ideas abstractas y de su carácter profundamente sentimental, encuentra en la enseñanza del Catecismo, en general, mayores dificultades que en la Historia Sagrada. Por su inclinación a lo personal le es fácil amar mucho al Padre celestial, al Niño Jesús, a la Madre del cielo. La vida y la muerte de Jesucristo, por ser una realidad concreta, perdurarán en su memoria por toda la vida.

Este es el ambiente espiritual que determina la fe de los niños. Sin duda les rodean por todas partes problemas prontos a surgir, pero permanecen todavía velados, en suspenso.

## Fe y Pubertad

La existencia inconsciente del niño pasa; se descubre el propio "yo", y en su fondo se encuentra el joven con el mundo interior en oposición al mundo exterior de la niñez. Sordamente al principio, con ímpetu después, el jovencito comienza a despegarse de su apoyo y adhesión inmediata a los demás.

Con el despertar sexual aparece la independencia en el pensamiento y en el juicio. Todos los enigmas de la existencia aparecen con un poder raras veces repetido. Se plantean vitalmente y no de una manera intelectual los problemas. Y como consecuencia de ello se pasa de la sumisión y docilidad del niño a la rebeldía y revolución de la juventud (12); con coraje se examina, se pone en duda, se combate y a veces se rechaza todo lo que se ha recibido hasta entonces.

Este sacudimiento de toda la vida puede alcanzar —por fortuna— a la vida de fe. Y de esto no hay que extrañarse; el paso por una época de dudas, de tentación de indiferencia e incluso de oposición, entra dentro del orden psicológico normal.

El P. Lord nos dice: "Por mi parte me inclino a pensar que el muchacho —o la chica— que navega tranquilo por la existencia, sin tener problemas con la religión, es sólo un animalito que no piensa y cuyo principal interés radica en el fútbol o en la invitación para el próximo baile" (13).

Dijimos anteriormente "que por fortuna" ya que el presentarse dificultades contra la fe no significa en sí malicia personal ninguna, sino simplemente el despertar biológico del pensamiento. Lo que debe hacer el joven no es asustarse, ni temer, ni tapar la dificultad, antes bien *siempre* consultar con una persona competente. El cato-

(9) WILLIBALD DEMAL, *Psicología Pastoral*, Madrid, 1959, p. 130.

(10) G. MARAÑÓN. *Ensayos liberales. El deber de las edades*. Madrid, 1945, p. 76.

(11) M. NICOLAU S. J., *Psicología y Pedagogía de la Fe*. Madrid, 1960 pp. 142-166, donde amplía y certeramente se tratan los problemas de la fe en la niñez.

(12) G. MARAÑÓN, o. c. p. 82.

(13) D. LORD, *Frente a la rebelión de los jóvenes*. Madrid, 1958, p. 100.

licismo no teme a la verdad; hasta ahora no ha habido ninguna dificultad científica, filosófica o natural que estuviese en contradicción con la fe; tampoco la habrá en el futuro; Dios, fuente única de toda verdad, no se puede poner en contradicción entre las verdades que El mismo ha revelado y las verdades humanas que El mismo ha creado (14).

Podemos concluir que estas mismas dificultades, solucionadas, serán precisamente las que presentarán al joven el temple inmejorable y el valor de su fe. Si el joven —dice Pflieger— a los dieciocho años ha comprendido el significado de su fe de manera que estime que sólo con la fe puede arriesgarse a vivir, lo decisivo está logrado (15).

### Fe y Juventud

Superada esta dura etapa (en la cual encontramos desgraciadamente a tantos descalificados), el joven encuentra que en la fe un hombre libre, creador, puede sentirse seguro.

Se da ahora el período de querer moldear en la propia vida el ideal que, quizá con demasiada luz, brilla en la mente. Esta gigantesca empresa arrastra consigo el pensamiento, la imaginación y el corazón. Todo se cree posible. La luz del ideal impide volver la cabeza a la realidad tal cual es; más aún, todo lo negativo de la existencia es purificado por el fuego del espíritu y del corazón inclinados a idealizar; la realidad se transforma, se estiliza o se ignora. Y entre estas dos fuerzas: el impulso del espíritu y corazón por un lado y el mundo ideal por otro, forcejea la realidad de la existencia por abrirse paso.

El "sprint" de un corredor no puede durar mucho tiempo. En esta pista

---

(14) Cfr. Conc. Vat. Cons. Dogmat. de fide cath. s. 3, c. 4 (D. 1797).

(15) MICHAEL PFLIEGER, *Der rechte Augenblick*, Wien, 1947, p. 82.

de la vida el impulso, el idealismo se afloja, disminuye. Los ojos, al ir más despacio, comienzan a volverse a ambos lados y a conocer la realidad: los hombres, las instituciones, el propio yo. Los fracasos, el ver que no se ha podido llegar hasta donde uno quería, que no se ha conseguido aquello en que tanto trabajo se ha derrochado, van como frenando el espíritu. Se aprende qué estática, e inamovible, e inflexible es la "realidad" y cómo no quiere ceder ni ante el empuje de nuestra vida afectiva.

"El peligro que entonces amenaza es el de la desilusión —nos dice Guardini—, el peligro de sucumbir a la impresión de que la realidad es más fuerte que la idea; de que el egoísmo, la estrechez, la mezquindad, la bajeza y la vulgaridad de la vida son más poderosas que la grandeza de corazón. Entonces el hombre que persigue un fin noble experimenta la humillación de pasar por un visionario. El que pronto será adulto se avergüenza de lo que todavía conserva de sus años de adolescencia. El peligro del escepticismo amenaza, reforzado por el deseo de pasar por un verdadero adulto, es decir por un desencantado" (16).

Entre líneas, quizá, hayamos podido ir leyendo la repercusión de esta crisis en la vida de fe. Cuántos jóvenes hemos conocido que confesaban y defendían su fe sin miedo a nadie, ni a nada; apóstoles en la universidad, la fábrica, la familia; jóvenes idealistas que sabían arrastrar y entusiasmar con su fe a grupos enteros de compañeros. Y después... unos cedieron —por qué... Dios lo sabe— y vinieron a caer en el triste campo de los escépticos y desencantados; otros, los cristianos medios que en este trabajo describimos, no sabemos cómo, su entusiasmo se calmó, desapareció. Quizá la profesión, la familia absorbió aquellos ideales.

---

(16) R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, Madrid, 1955, p. 48.



## Fe y madurez

Hay sin embargo un aspecto positivo en esta evolución de una fe idealista, que quizá ambicionaba demasiado, a una fe diaria, pero que fermenta y transforma el vulgar pan cotidiano en sabroso alimento para el cuerpo y para el alma. Este tipo de fe es el que ha de durar más tiempo, casi la definitiva, la que ha de nutrir los hijos, la familia o las almas que Dios ha encomendado.

Comienza ahora el tiempo de la estabilidad y el orden. Se dominan ya los nervios, el espíritu crítico es más objetivo. Y con esto nace la verdadera madurez que consiste precisamente en la aceptación consciente de la realidad tal cual es, pero sin pactar con sus deficiencias, antes al contrario superándolas al afianzarse en la fe. La fe es ahora la gran aliada, la que da verdadera independencia frente al mundo. Es el apoyo de mis fuerzas (y no sólo mis fuerzas, como en la juventud) con las que quiero divinizar a este mundo de todos los días que Dios ha puesto a mi alcance. Las dificultades, los fracasos, los tropiezos, se hacen llevaderos, la fe es aceite que suaviza y vigoriza juntamente al alma. Y dando un paso más, incluso se llega a experimentar un sentimiento profundo, mezcla de satisfacción y de irritación al comprobar que el mundo es así, que en todas partes hay lucha y que hasta la vida de fe es combate.

Es ahora cuando la tenacidad, la

prudencia, la justicia, cualidades del hombre maduro, encajan perfectamente en la fe; se admite la lucha (no la escaramuza juvenil) con la vida real; y se mantiene una posición firme sin desalientos aun cuando el éxito no se vislumbra. La vida de fe como postura frente a la realidad hace resonar con todo consuelo las palabras de S. Juan: "Nuestra fe: he aquí la victoria que domina al mundo" (1 Ion. 5,4).

## El comienzo de un fin

La vida es un forcejeo para llegar a conocer la realidad como es, en sus primeros pasos; una lucha para dominarla, después; dicen que con el tiempo, este mundo que nos rodea, para el hombre de cabellos blancos que ha vivido sinceramente su fe, va perdiendo peso, densidad y fuerza. Las pasiones, tranquilizadas, permiten al alma que abra sus ojos y otee los caminos de lo eterno; las forzosas horas de vigilia y soledad ayudan para reflexionar y orar.

La fe ya no es tensión; un sentido elevado comienza a despertar, la existencia se torna transparente y una nueva etapa se prepara. La fe es aquí más lúcida; es la fe del anciano, que transfigurada por la eternidad se vuelve venerable. De su corazón, fácilmente entonces, fluye la dulce plegaria del anciano Juan: "Ven, Señor Jesús" (Apoc. 22,20).

